

**Ivana Costa. *Había una vez algo real: ensayo sobre filosofía, hechos y ficciones*. Buenos Aires: Mardulce, 2019, 234 páginas**

*Había una vez algo real: ensayo sobre filosofía, hechos y ficciones* de Ivana Costa, doctora en filosofía e integrante del comité ejecutivo de la Sociedad Internacional de Platonistas, estudia las nociones de ficción y realidad teniendo como horizonte los hechos reales y, lo que es fundamental, la manera en que históricamente se han ido conformando las narrativas dedicadas a ellos. Su perspectiva, opuesta a la de la teoría literaria, en sus variantes semiótica y narratológica clásicas, incluye la semántica filosófica, la pragmática filosófica y la narratología actual. La pregunta desplegada en sus seis capítulos es doble: por qué nuestros relatos de sucesos reales están llenos de ficción y por qué, en nuestra época, en un mundo saturado de ficciones, hay de todos modos un anhelo de verdad.

El primer capítulo, que presenta el origen de la noción de ficción en el mundo griego, expone cómo las palabras que hablan de nuestra imaginación ficcional comenzaron hablando del modelado en barro (*plásso*) y derivadamente la familia lexical se fue aproximando al significado

de una cierta manipulación de otro tipo de materiales: los contenidos mentales. Los escritos platónicos son la fuente más clara de este derrotero en el que se pasa de la noble tarea del orfebre hasta la falsificación con las que está investido, desde sus orígenes, el concepto de ficción. En cuanto a Aristóteles, resulta llamativo, nos dice la autora, que cuando emplea este vocabulario del campo de la ficción no se refiere nunca a la literatura sino a la calificación de los argumentos, las hipótesis o las teorías científicas de otros filósofos.

El capítulo siguiente da cuenta del segundo sentido por el cual se dice que algo es ficticio: la falsificación de lo real. Tanto la familia lexical del griego *plásso* /*plásma* como la del latín *finigo* /*fictio* adoptan este segundo matiz cuando de un simple “formar” o “plasmar” pasan a significar “formar cambiando o disfrazando”. La pregunta que se desprende de lo anterior es qué es eso “real” a lo que lo ficticio parece presuponer. Costa nos recuerda que la primera y más duradera noción de lo real, la concepción platónica, puede com-

prenderse en diálogo con el eleatismo y con la sofística. Asimismo, sostiene que la demolición de lo real llevada a cabo por Gorgias es relevante por sus consecuencias a nivel cognoscitivo y comunicativo, que algunos retoman en nuestro tiempo.

La autora se detiene en el cambio de la perspectiva de Platón en cuanto a la relación entre realidad y transmisión de la verdad. Dice que en los diálogos tardíos las ficciones son reivindicadas por su utilidad para la comprensión. Aquí recupera algo tradicionalmente soslayado y recién puesto de relieve en las últimas décadas: el valor de las reflexiones de Platón sobre la literatura y el arte en la *Poética* de Aristóteles. De esta manera, la visión positiva de la *mimesis* que recorre casi toda la obra platónica de vez en cuando es el punto de partida para el desarrollo aristotélico. Concluye este capítulo con la concepción positiva del estagirita respecto a la imitación como una habilidad humana fundamental y con la paradoja de que la *Poética*, el estudio más notable que nos legó la Antigüedad sobre literatura, tuviera su centro en obras que supe-ramente se ocupaban de personas y sucesos no ficticios en tanto la tragedia se consideraba

entonces un relato que estaba basado en personas y hechos reales.

El tema del tercer capítulo es la idea de realidad y sus variados sentidos. Desde la historia conceptual, siguiendo a Hans Blumenberg, se exponen cuatro figuras históricas o típicas de la noción de realidad: la realidad de la evidencia inmediata, la realidad que precisa garantía, la realidad como contexto y la realidad como resistencia. La presentación que hace la autora de esta última es por demás relevante. La remite a la noción de voluntad de Schopenhauer y a su influencia en la filosofía de Nietzsche, con quien parece dar un salto conceptual: la realidad parece ser la ficción. La precisa lectura de transitadas expresiones del autor del *Nacimiento de la tragedia* le permiten a Costa refutar la interpretación escéptica radicalizada de éste que niega toda realidad factual en tanto negar “hechos en sí” no implica negar todo lo real ya que los fenómenos persisten. Asimismo, da cuenta de cómo Nietzsche anticipa otros motivos que serán decisivos en la reflexión contemporánea sobre realidad y ficción: la retórica no como una mera técnica para persuadir sino como lo propio de todo lenguaje. Al final del capítulo, la autora propone el

análisis preliminar de una quinta noción de realidad, la realidad en la infoesfera (neologismo que se refiere al entorno informático) en la que lo real puede ser informatizable, reducido a información, y tiende a relegar lo que no lo es. En este contexto el protagonista es el *big data* con el que se urde una trama compleja que incentiva el escepticismo radical frente a lo insondable y cierta irresponsabilidad ligada a la sensación de omnipotencia propiciada por la tecnología.

El cuarto capítulo destaca algunos hitos que impulsaron el desarrollo de los diversos géneros dedicados a los sucesos reales, analizando en qué medida ellos comportan o no la reivindicación de los hechos y los datos empíricos por encima de la especulación filosófica o la imaginación. Aquí la obra de Heródoto es central. Luego, en el abordaje de las primeras clasificaciones elaboradas por los gramáticos helenísticos, emerge la figura de Sexto Empírico (siglo II d.C.), cuya versión escéptica sobre la ficción y nuestra imposibilidad de acceder con alguna certidumbre a los sucesos reales impactará en la Modernidad. En este punto el texto se detiene en la obra de La Mothe Le Vayer, tutor de Luis XIV, autor

de varios escritos sobre la disciplina histórica e impulsor del pirronismo histórico, en cuya perspectiva Costa encuentra muchas similitudes con la concepción en torno a la historia de Hayden White.

El quinto capítulo está dedicado a los antecedentes de las narrativas periodísticas: los *acta senatus* y los *acta diurna*, el noticiario manuscrito a fines de la Edad Media y luego de la invención de la imprenta, las gacetas, los almanaques, las cartas y los diarios. Nos cuenta Costa que ya a fines del siglo XV el auge de la diplomacia renacentista multiplicó los tipos de textos en circulación e impulsó la proliferación de narrativas de sucesos reales que se verifica en la historiografía. Finaliza la indagación con los usos de la ficción en las crónicas del Nuevo Mundo y la disputa por la verdad de los hechos entre los testigos y los narradores.

El último capítulo tiene por tema la irrupción de los diarios que, con el invento de las rotativas hacia 1846, crecen de forma fabulosa, y las diferentes reacciones, entre las que destaca algunas de las de la filosofía europea, y discusiones en torno a ellos. La autora se detiene en las notables transformaciones en las narra-

tivas de sucesos reales que se dan tanto desde el punto de vista de su producción como de su recepción con la aparición de las TIC. Frente al escepticismo que las rodea, indaga en otras áreas donde también se lidia con datos, información y hechos reales, y no reina el descrédito: las ciencias físicas o naturales. En éstas, nos dice, la metodología es primordial para la construcción de la objetividad, por lo que podría replicarse esto en aquellas.

*Había una vez algo real: ensayo sobre filosofía, hechos y*

*ficciones* transita la historia de la filosofía persiguiendo de forma clara y concisa temas tan fundamentales, y tan proclives a hacer perder el rumbo, como lo son las nociones de ficción y realidad. Ivana Costa no sólo eligió muy bien a sus guías en tamaño empresa sino que pudo leerlos y proponernos una lectura precisa y fructífera que resulta un verdadero diálogo que trasciende los contextos epocales.

**María Jimena Vignati**  
UMSA/UADE

**Rosario García Martínez. *Por una institución híbrida. Experiencias de interacción entre museo y universidad*. Buenos Aires: Fundación PROA, 2020, 235 páginas**

Para una introducción apropiada al presente libro, *Por una institución híbrida. Experiencias de interacción entre museo y universidad*, es posible comenzar por atender las cuestiones que podríamos denominar prácticas o que hacen a la realidad operativa, en este caso, de la autora y la institución en la que trabaja; o bien iniciar por ciertos debates teóricos en los que se inserta la problemática de la que da cuenta este trabajo: la fragmentación del

conocimiento, del saber, de las disciplinas, de las instituciones y, en esas divisiones, los límites para concebir, aprender y desarrollar un pensamiento crítico.

Si partimos de los aspectos prácticos, merece mencionarse en primer lugar, aquello que en el libro fue relegado al primero de los dos anexos con los que cuenta el texto. En efecto, se trata de una sección dedicada a repasar la historia del Departamento de Educación de Fundación Proa. Los

orígenes de la Fundación se remontan a 1996 cuando abrió sus puertas con una exhibición dedicada al artista mexicano Rufino Tamayo. La institución, que en el libro se define como un museo del tipo *kunsthalle*, cuya traducción literal del alemán es “sala de arte”, es uno de los espacios de exhibición surgidos de iniciativas privadas que vinieron a dinamizar el circuito del arte de la Ciudad de Buenos Aires a partir del nuevo milenio, junto al Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires y al Museo Fortabat, por mencionar los más relevantes. En efecto, Fundación Proa se erigió como un centro de arte –es decir que no cuenta con una colección propia– con una oferta anual variada de exhibiciones temporarias de arte moderno y contemporáneo, en muchos casos de artistas de reconocimiento internacional. Su emplazamiento en el mítico barrio porteño de La Boca, justo al lado del punto turístico “caminito”, frente al Riachuelo y a una cuadra del Museo Benito Quinquela Martín, definió la identidad de la Fundación que, al mismo tiempo que buscó desarrollarse como un polo de atracción para el público interesado en el arte contemporáneo, que suele transitar por otras áreas geográ-

ficas de la Ciudad, también procuró establecer un diálogo con un entorno poco acostumbrado a este tipo de espacios.

Tal como se describe en el libro, el actual diseño del Departamento de Educación del Proa nace en 2008 con la reapertura del museo, luego de la importante reforma realizada al edificio original. La Fundación optó por desarrollar un equipo de *educadoras* con presencia constante en las salas de exhibición que pudieran desplazarse de las meras funciones de restricción y cuidado endilgadas a la figura aún vigente del “guardia de sala”, para abrirse a otras actividades más fértiles para el público y para la institución en sí. En este sentido, las educadoras asumieron la tarea de dialogar con los visitantes, habilitando espacios de intercambio y debate, involucrándolos en el proceso de aprendizaje colectivo a partir de la exhibición en sala y, al mismo tiempo, recoger las impresiones del público, para poder trasladarlas al equipo del museo que no tiene contacto con la audiencia. En este sentido, se describe a la educadora como una “activista de la escucha”, también como un “agente vinculante” entre las distintas áreas de la institución, que al mismo tiempo que

posee un conocimiento especializado en los contenidos de la exposición de turno, también cuenta con el saber general del funcionamiento del museo y sus diversos actores. El desarrollo del área educativa, y particularmente la figura de la educadora y su presencia en sala, devino un pilar del Departamento de Educación y una insignia identitaria del Proa como institución cultural que operó a favor de la rejerarquización del rol del educador –intentando no dejarlo atrás respecto a otros roles de museo ya jerarquizados, como el del curador– y, al mismo tiempo, abogó por su profesionalización con todo lo que ello implica –mejores condiciones de contratación, capacitaciones, mayor intervención en el planeamiento de las exhibiciones, entre otros.

En este sentido, el presente libro, que recoge las experiencias de los programas que vincularon a Proa con distintas universidades de la ciudad y que fueron llevados a cabo por el Departamento Educativo, se inscribe en este contexto, es decir, en el marco de una institución que ha permitido y fomentado el desarrollo de su área educativa. La autora, Rosario García Martínez, pertenece al equipo de Educación

del Proa y es gracias a su conocimiento de primera mano acerca del desenvolvimiento del Departamento Educativo y los nuevos programas y actividades que fue asumiendo en los últimos años, que recopila y reflexiona acerca de las potencialidades de una institución más abierta y flexible, que pueda interactuar con “la universidad”, pero también con otros espacios culturales y con la comunidad barrial.

Asimismo, el libro aporta una respuesta práctica, es decir, que surge de la experiencia, a un problema teórico que, en términos generales, se puede entender como la cuestión de la fragmentación del conocimiento en múltiples disciplinas especializadas que no dialogan entre sí. Ahora bien, el problema específico al que se dirige este trabajo es el de las limitaciones derivadas de que dos instituciones que han colaborado profundamente con el desarrollo de la cultura occidental –museo y universidad– se hayan erigido como compartimentos estancos y que, en dicha endogamia, se hayan perdido no sólo de los conocimientos específicos que se desarrollan en uno y otro, sino además, de una mayor apertura general a la sociedad a la que se deben.

*Por una institución híbrida* describe y analiza de manera conspicua las experiencias derivadas de los programas de articulación entre Fundación Proa y algunas Universidades de la Ciudad de Buenos Aires que tuvieron lugar desde 2014 en adelante. En este sentido, se recogen los resultados cuantitativos y cualitativos de estos proyectos, en los que Proa y su Departamento de Educación exploraron nuevas formas de la función pedagógica del museo. Esto se llevó a cabo diseñando cursos híbridos en conjunto con la universidad, en los que el centro de arte funcionara como un espacio de estudio, investigación y reflexión para los estudiantes universitarios, con un trabajo conjunto de docentes y educadores, organizando jornadas de exposición e intercambio de trabajos académicos en las que participaran los alumnos de distintas universidades, entre otros aspectos salientes.

La autora destaca, como una de las principales sinergias de esta colaboración, la apertura del museo a estudiantes de carreras afines a las artes, posibilitando el contacto con saberes específicos que circulan en esta institución y que no se encuentran disponibles en la universidad y, a su vez, el acercamiento a una variedad de

actividades que se agrupan en el museo –distintas a las de investigador y docente– que podrían devenir salidas profesionales en el futuro. También señala, como otros aspectos relevantes, el surgimiento de los programas educativos como un objeto de estudio posible para los investigadores, la posibilidad de ampliar el público interesado a no residentes en la Capital Federal a través de propuestas *online* y la oportunidad para generar una plataforma de pensamiento crítico, colaborativo y menos jerarquizado que el que propone la educación formal universitaria.

El libro cuenta con unas palabras preliminares de la autora y de Adriana Rosemberg, directora de Fundación Proa, y un estimulante prólogo de Luis Caminitzer, artista, poeta, teórico y docente universitario. El texto se organiza en tres grandes secciones. Una primera está dedicada a comentar una variedad de antecedentes y bibliografía referida a las relaciones entre museos, universidades y formas de educación no formal. La segunda describe los distintos programas que desarrolló Proa en articulación con universidades entre 2014 y 2018, recopilando las diferentes líneas de trabajo, estadísticas sobre los participantes, el

desarrollo de las actividades y las principales ventajas y falencias de la experiencia. La tercera se compone de dos anexos: el primero, ya mencionado, desarrolla la historia y los principales aspectos del Departamento de Educación de Proa y, el segundo, reproduce las evaluaciones de los participantes sobre su experiencia en los programas. En suma, resulta un libro de gran utilidad para educadores, trabajadores de museos, gestores culturales, pero también para los docentes universitarios de carreras de arte y

humanidades, no sólo para comenzar a pensar sobre nuevas capacidades y funciones de las instituciones museo y universidad, sino también para animarse a ensayar estas experiencias híbridas que, como bien dice Caminitzer, vayan en pos de una “educación que integre todos los métodos dirigidos al conocimiento dentro del contexto del mejoramiento social”.

**Catalina Aldama**  
UBA/UNSAM-IDAES